



CAPITULO I

A los regentes, a las órdenes y a los hombres de ciencia de Europa.

Nosotros, hermanos de la fraternidad de la Rosa-Cruz, dispensamos nuestras oraciones, otorgamos nuestro amor y saludamos cortésmente a todos los que lean nuestra Fama con una intención cristiana.

Durante estos últimos tiempos, por la sabiduría de sus designios y en su gracia singular, Dios ha derramado la bondad de sus dones sobre el género humano con tanta prodigalidad que el conocimiento de la naturaleza, así como el de su Hijo, no ha cesado de aumentar, por lo que podemos enorgullecemos de los tiempos felices que vivimos.

No sólo ha sido descubierta la mitad del mundo desconocido y oculto, sino que el Señor también nos ha procurado innumerables obras y criaturas naturales extrañas y desconocidas hasta ahora. Ha favorecido el nacimiento de espíritus de gran sabiduría cuya misión fue la de restablecer la dignidad del arte parcialmente manchado e imperfecto, para que el hombre acabe comprendiendo la nobleza y magnificencia que le son propias, su carácter de microcosmos, y la profundidad con que este arte suyo puede penetrar la naturaleza.

Pero todo ello es considerado por la frivolidad del mundo como de escasa utilidad. Las calumnias y las burlas no cesan de crecer. Los hombres de ciencia se encuentran imbuidos de una arrogancia y un orgullo tales que se niegan a reunirse para hacer un cómputo de las innumerables revelaciones con

las que Dios ha gratificado los tiempos que vivimos mediante el libro de la naturaleza o la regla de todas las artes. Cada grupo combate a los otros antiguos dogmas, y, en vez de la luz clara y manifiesta, prefiere al Papa, a Aristóteles, a Galeno y a todo lo que se parece a una colección de leyes e instrucciones cuando, sin ninguna duda, estos mismos autores tendrían sumo gusto en revisar sus conocimientos si vivieran. Sin embargo, nadie está a la altura de tan elevadas palabras y el antiguo enemigo, pese a la fuerte oposición de la verdad en teología, en física y en matemáticas, manifiesta abundantemente su astucia y su rabia entorpeciendo una evolución tan hermosa mediante el espíritu de fanáticos y vagabundos. Nuestro difunto padre, Fr. C. R., espíritu religioso, elevado, altamente iluminado, alemán, jefe y fundador de nuestra fraternidad, consagró esfuerzos intensos y prolongados al proyecto de reforma universal. La miseria obligó a sus padres, aún siendo nobles, a ponerlo en el convento a la edad de cuatro años. Allí adquirió un conocimiento conveniente de dos lenguas: latín y griego. También vio colmadas sus incesantes súplicas y plegarias en la flor de su juventud: fue confiado a un hermano, P. a. l. que había hecho el voto de ir en peregrinación al Santo Sepulcro. Aunque este hermano no viese Jerusalén pues murió en Chipre, nuestro Fr. C. R. no retrocedió: por el contrario se embarcó para Damcar con la intención de visitar Jerusalén partiendo de esta ciudad.

Durante el tiempo en que se vio obligado a prolongar su estancia en Chipre obligado por el cansancio, ganó el favor de los turcos gracias a su experiencia no despreciable del arte de curar. Por azar oyó hablar de los sabios de Damcar en Arabia, de las maravillas que eran capaces de realizar y de las revelaciones que les habían sido hechas sobre la naturaleza entera.

Este rumor encendió el noble y elevado espíritu de Fr. C. R., que pensó entonces menos en Jerusalén que en Damcar. No pudiendo contener sus deseos se puso al servicio de señores árabes quienes, mediante una cierta cantidad, deberían conducirlo a Damcar. Cuando llegó sólo tenía 16 años aunque era un mozo fornido, de raza alemana. Si creemos su propio testimonio, los sabios no lo acogieron como a un extranjero sino como a alguien cuya llegada esperaban desde hacía mucho tiempo. Le llamaron por su nombre y ante su sorpresa, constantemente renovada, le mostraron que conocían numerosos secretos del convento donde había estado. En contacto con ellos se perfeccionó en lengua árabe hasta el punto que pudo traducir en buen latín al cabo de un año el libro M, que posteriormente conservó. Allí adquirió sus conocimientos de física y de matemáticas por los que sería justo que el mundo se felicite si hubiera mas amor y la envidia fuera menos grande. Tras una estancia de tres años tomó el camino de vuelta y, provisto de buenos salvoconductos, franqueó el golfo arábigo, se detuvo en Egipto el tiempo justo para perfeccionar sus observaciones de la flora y de las criaturas, a continuación atravesó el Mediterráneo en todos los sentidos y, finalmente, llegó a donde le habían indicado los árabes: a Fez. ¿No debemos sentir vergüenza ante estos sabios que viven tan lejos de nosotros? Desprecian los escritos difamatorios y su armonía es perfecta; más aún: revelan y confían sus secretos graciosamente y con buena voluntad.

Los árabes y los africanos se reúnen cada año para examinar las diferentes artes, para saber si se han hecho descubrimientos mejores y para averiguar si las hipótesis han sido depreciadas por la experiencia. Los frutos que cada año producen estas discusiones sirven al progreso de las matemáticas, de la física y de la magia, que son las especialidades de la gente de Fez.

Hoy no faltan en Alemania los hombres de ciencia: magos, cabalistas, médicos y filósofos. ¡Dios quiera que deseen actuar por amor al prójimo y que la gran mayoría no desee acapararlo todo para sí! En Fez tomó contacto con los que suelen llamarse los habitantes elementales, quienes le confiaron numerosos secretos. Si entre nosotros los alemanes reinase un entendimiento parecido y si nuestras averiguaciones se caracterizaran por la mayor seriedad posible, podríamos igualmente poner en común una parte de nuestro saber. Sospeché a menudo que la magia de los habitantes de Fez no era enteramente pura y que su religión también había mancillado la cábala. Sin embargo supo sacar de ello un gran provecho, que afirmó aún más su fe en la presencia concordante de la armonía en el universo, armonía que marca con su sello maravilloso *periodis seculorum*. Llegó a la hermosa síntesis siguiente: al igual que cualquier semilla contiene por entero el árbol o el fruto que aparecerá dichosamente en el momento oportuno, el microcosmos encierra íntegro al gran número. La religión, la política, la salud, los miembros, la naturaleza, la lengua, la palabra y los actos del microcosmos están en acuerdo musical y melódico con Dios, con los cielos y con la tierra. Todo lo que contradice esta tesis es error, falsedad, obra del diablo, causa última y primer instrumento de la confusión, la ceguera y la necedad de este mundo.

Bastaría que cualquiera examinase a todos los hombres de esta tierra sin faltar uno, para encontrar que lo que está bien y lo que es cierto siempre se encuentra en armonía consigo mismo mientras que, por el contrario, todo lo que se aparta de ello, está manchado por una multitud de opiniones erróneas.

CAPITULO II

Tras permanecer dos años en Fez, Fr. C. R. partió para España llevando numerosos objetos preciosos en su equipaje. Puesto que su viaje le había sido tan provechoso, alimentaba la esperanza de que los hombres de ciencia de Europa le acogerían con una profunda alegría y, a partir de ahora, cimentarían todos sus estudios sobre tan seguras bases. Discutió también con los sabios de España sobre las imperfecciones de nuestras artes, sobre los remedios que había que poner a ello, sobre las fuentes de las que se podían sacar signos seguros concernientes a los tiempos venideros y sobre su necesaria concomitancia con los pasados, sobre los caminos a seguir para corregir las imperfecciones de la Iglesia y de toda la filosofía moral. Les enseñó plantas nuevas y frutos y animales nuevos que la antigua filosofía no determina. Puso a su disposición una axiomática nueva que permite resolver todos los problemas. Pero todo lo encontraron ridículo. Como se trataba de asuntos desconocidos temieron que su gran reputación quedara comprometida así como verse obligados a volver a comenzar sus estudios y a confesar sus inveterados errores a los que estaban

acostumbrados y de los que sacaban beneficios suficientes; que reformaran otros a quienes las inquietudes fueran provechosas.

Era la misma letanía que otras naciones entonaron. Su desengaño fue grande porque no esperaba en absoluto una acogida semejante y porque entonces estaba dispuesto a transmitir con mansedumbre todas sus artes a los hombres de ciencia, por poco que estos se esforzaran en encontrar una axiomática precisa e infalible estudiando las diversas enseñanzas científicas y artísticas y la naturaleza entera. Dicha axiomática debía orientarse por su centro Unico al igual que una esfera y, como era costumbre entre los árabes, sólo los sabios deberían servirse de ella como regla. Así pues era preciso fundar en Europa una sociedad que poseyese bastante oro y piedras preciosas para prestarlas a los reyes y que también se encargara de la educación de los príncipes que conociera todo lo que Dios ha permitido saber a los hombres para que, en caso de necesidad, estos pudieran dirigirse a ella, como los paganos a sus ídolos. Debemos confesar en verdad que el mundo, embarazado ya en la época con una gran perturbación, sentía los dolores del parto: engendraba héroes gloriosos e infatigables que rompían violentamente las tinieblas y la barbarie, mientras que nosotros, débiles como éramos, no podíamos sino parodiarlos. Estaban en el vértice del triángulo de fuego cuyas llamas aumentaban su resplandor incesantemente y que sin ninguna duda provocará el último incendio que consumirá al mundo. Ésta fue entonces la vocación de Paracelso que aunque no se adhirió a nuestra fraternidad, fue un lector asiduo del Libro M, en el que supo iluminar y aguzar su ingenio. Sin embargo también fue obstaculizado por la barahúnda tumultuosa de los hombres de ciencia y de los necios; nunca pudo exponer en paz sus meditaciones sobre la naturaleza, hasta el punto que consagró más espacio de sus obras a denigrar a los insolentes y desvergonzados que a manifestarse enteramente. Sin embargo encontramos en él, en profundidad, la armonía de la que hemos hablado y que sin duda alguna habría comunicado a los hombres de ciencia, por poco que los hubiera encontrado dignos de un arte superior al de las vejaciones sutiles. Abandonando el mundo a la locura de sus placeres, se olvidó a sí mismo en una vida de libertad y de indiferencia.

Sin embargo, volvamos al Fr. C. R., nuestro padre bienamado: tras realizar numerosos y difíciles viajes impartiendo diligentes enseñanzas, frecuentemente con malos resultados, volvió a Alemania. Amaba particularmente a Alemania cuya transformación era inminente y que debería transformarse en campo de batalla de una lucha prodigiosa y comprometida. En este país, su arte y particularmente el conocimiento que tenía de las transmutaciones metálicas, hubieran podido proporcionarle una gran gloria. Pero estimó que el cielo, y su ciudadano el hombre, eran allí de un interés altamente superior a cualquier pompa. Se construyó una amplia y confortable morada en la que meditó sobre sus viajes y sobre la filosofía, con el fin de componer un memorial preciso. Se dice que una buena parte del tiempo que permaneció allí lo ocupó en las matemáticas y que fabricó una gran cantidad de hermosos instrumentos aplicados a los diferentes aspectos de dicho arte: la mayor parte de ellos se han perdido y hablaremos mas adelante de los pocos

que nos quedan. Al cabo de cinco años volvió a pensar en la tan deseada reforma. Como era de espíritu constante, resuelto e inagotable, y como carecía de toda clase de ayuda, decidió intentarla por sí mismo en compañía de un pequeño grupo de adjuntos y colaboradores. Con este fin invitó a tres de sus hermanos del primer convento por los que alimentaba una estima particular: G. V., Fr. I. A., y Fr. I. O. los cuales habían adquirido además una experiencia en las artes superior a la normal en la época. Hizo que los tres contrajeran respecto a él un compromiso supremo de fidelidad, diligencia y silencio, y les pidió que anotaran por escrito, con el mayor cuidado, todas las instrucciones que les transmitiera para que los miembros futuros, cuya admisión debería efectuarse posteriormente gracias a una revelación particular, no fueran engañados absolutamente en nada. Así pues, estas cuatro personas fundaron el primer núcleo de la fraternidad de la Rosa-Cruz. Las palabras pronunciadas, dotadas de un amplio vocabulario, sirvieron para componer la lengua y la escritura mágicas que continuamos manejando para gloria y honor de Dios, y en las que bebemos una sabiduría profunda. Igualmente ellos compusieron la primera parte del Libro M. Sin embargo estaban abrumados de trabajo y muy angustiados ante el increíble aflujo de enfermos por lo que, una vez terminada su nueva morada que posteriormente se llamó del Espíritu Santo, decidieron ampliar su sociedad y hermandad. Escogieron como nuevos miembros al primo hermano del Fr. Rosa-Cruz, a un pintor de talento, Fr. B., y a G. C. y P. D. como secretarios, todos de nacionalidad alemana salvo I. A., en total ocho miembros solteros con voto de virginidad. Debían componer un volumen en el que se registraran todos los anhelos, deseos y esperanzas que los hombres pudieran alimentar. Sin que pongamos en duda los notables progresos que el mundo ha realizado durante un siglo, estamos convencidos de la inmutabilidad de nuestra axiomática hasta el juicio final. El mundo no vera nada más, incluso en su edad última y suprema porque nuestros ciclos comienzan con el Fiat divino y se acaban con el Perat, aunque el reloj divino registre cada minuto y pese a que nosotros tengamos dificultades para marcar las horas. Igualmente tenemos la firme convicción de que si nuestros padres y hermanos bienamados hubieran podido aprovechar la viva luz que hoy nos baña, les hubiera sido más fácil vapulear al Papa, a Mahoma, a los escribas, a los artistas y a los sofistas, en vez de recurrir a los suspiros y a los deseos fúnebres para manifestar las fuentes de su ingenio. Cuando nuestros ocho hermanos dispusieron todo de manera tal que no tuvieron mas trabajos especiales, y cuando cada uno compuso un tratado completo sobre la filosofía revelada y sobre la filosofía secreta, decidieron no seguir juntos durante más tiempo. Así pues y como habían convenido al principio, se dispersaron por todo el país, no sólo para que los hombres de ciencia pudieran someter su axiomática a un estudio secreto más profundo, sino también para que pudieran informarles sobre si tales o cuales observaciones habían originado errores en uno u otro lugar.

CAPITULO III

Sus signos de reconocimiento eran los siguientes: 1. Prohibición de ejercer profesión alguna excepto la curación de enfermos a título benévolo; 2.

Prohibición de obligar a llevar hábitos especiales reservados a la hermandad: Por el contrario, deberían adaptarse a las costumbres locales: 3. Obligación para cada hermano de presentarse el día C. en la morada del Espíritu Santo, o de explicar los motivos de su ausencia; 4. Obligación para cada hermano de buscar una persona de valía que pudiera sucederle en caso necesario; 5. Las letras R. C. deberían servirles de sello, sigla y emblema; 6. Durante un siglo la hermandad tenía que permanecer secreta.

Juraron fidelidad mutua a los seis artículos y cinco hermanos se pusieron en camino, quedándose junto a Fr. C. solamente B. y D. Cuando al cabo de un año estos también partieron, vinieron junto a él su primo I. O., de manera que durante toda su vida estuvo asistido por dos personas. Y por mancillada que aun estuviera la Iglesia, sabemos sin embargo lo que pensaba al respecto así como el objeto de sus esperanzas y anhelos. Cada año se volvían a encontrar con alegría y relataban exhaustivamente sus tareas: sin duda momentos llenos de encanto los de escuchar el relato verídico y sin artificio de todas las maravillas que Dios no ha dejado de derramar por el mundo. Tengamos por seguro que el encuentro de estas personas, escogidas entre los espíritus más sutiles de cada siglo, es obra de la máquina celeste en su conjunto, y de que vivieron entre ellos y en medio de la sociedad en la más perfecta concordia, en una discreción total y lo más caritativamente posible. Sus vidas transcurrieron en estas actividades encomiables y, aunque sus cuerpos estuvieran exentos de todo dolor y enfermedad, sus almas no pudieron rebasar el límite predeterminado de la desagregación. El primer miembro de la comunidad que murió fue I. O., en Inglaterra, como le había predicho desde hacía varios años Fr. C. Era de una erudición particularmente profunda y muy versado en la cábala como atestigua su obra H. Su fama en Inglaterra era grande, sobre todo porque curó la lepra a un joven conde de Norfolk.

Aunque cada puesto fue ocupado por un sucesor de valía, los hermanos habían decidido ocultar el emplazamiento de su sepultura, lo que explica que aun hoy ignoremos donde están enterrados algunos. Actitud con la que, en honor de Dios, queremos testimoniar públicamente que, aunque podamos imaginarnos la forma y constitución del mundo entero, ignoramos sin embargo –y ésta es también la enseñanza secreta del Libro I., dónde la hemos bebido– tanto el infortunio que nos amenaza como la hora de nuestra muerte. Dios en su grandeza se los ha reservado para que estemos constantemente preparados, cuestión que trataremos más explícitamente en nuestra Confessio. En ella enunciaremos también los 37 motivos por los que revelamos ahora nuestra fraternidad ofreciendo libre, espontánea y graciosamente, misterios tan profundos y la promesa de más oro que el que suministran las dos Indias al rey de España; pues Europa está preñada y va a parir un robusto retoño al que sus padrinos cubrirán de oro. Tras la muerte de O., el Fr. C. no interrumpió su actividad: tan pronto como pudo convocó a los demás miembros y nos parece probable que su tumba fuera construida en su época. Aunque los más jóvenes ignorábamos por completo hasta entonces la fecha de la muerte de nuestro padre bienamado R. C. y sólo supiéramos los nombres de los fundadores y de todos los que les sucedieron hasta nosotros, guardábamos sin embargo en la

memoria un misterio que nos confió A., sucesor de D. y último representante de la segunda generación que vivió con muchos de nosotros, en enigmáticos discursos sobre los 100 años.

Confesamos también que tras la muerte de A., nadie obtuvo la menor información sobre R. C. y sus primeros hermanos salvo lo que sobre ellos se encuentra en nuestra Biblioteca Filosófica, entre otras obras en la "Axiomática" para nosotros capital, en los "Ciclos del Mundo", la obra de mayor sabiduría y en "Proteo" la más útil. Así que no sabemos con certeza si los representantes de la segunda generación poseyeron la misma sabiduría que los de la primera, y si tuvieron acceso a todos los misterios. Pero recordemos al lector generoso que ha sido Dios quien ha preparado, aprobado y ordenado lo que hemos aprendido aquí mismo sobre la sepultura de Fr. C. y que ahora proclamamos públicamente. Le seguimos tan fielmente que en manera alguna tememos revelar en una obra impresa todo lo que se desea saber de nosotros, nuestros nombres de pila, nuestros seudónimos, nuestras asambleas, a condición de que como contrapartida se nos aborde circunspectamente y que las respuestas sean cristianas.

He aquí pues la relación verídica y completa del descubrimiento del muy iluminado hombre de Dios Fr. C. R. Después de la bienaventurada muerte de A. en la Galia narbonense, le sucedió nuestro hermano bienamado N. N. Cuando se nos presentó para prestar el solemne juramento de fidelidad y silencio, relató confidencialmente que A. había asegurado lo que sigue: la fraternidad no seguiría siendo secreta: dentro de poco serviría necesaria y gloriosamente en nuestra patria común, la nación alemana. En su posición, la noticia no le confundió. Como era un buen arquitecto, cuando al año siguiente terminó sus tareas y se le presentó la ocasión de iniciar un viaje, abastecido con un viático respetable y con la bolsa de un favorito de la Fortuna, pensó en restaurar y modernizar la morada. Mientras realizaba este trabajo se interesó por unas placas de cobre amarillo donde estaban grabados los nombres de todos los miembros de la fraternidad y otras inscripciones diversas. Quiso trasladarlas bajo otra cúpula más amplia puesto que los Antiguos habían mantenido secreto tanto el lugar y la fecha de la muerte de Fr. C. como, posteriormente, su sepultura, razón por la cual no sabíamos nada de ella. Ahora bien, dicha placa contenía un enorme clavo, más grande que los otros. Cuando lo arrancaron tirando con fuerza, arrastró una piedra tallada primorosamente que se desprendió del delgado revestimiento, mostrando una puerta que nadie había sospechado. Con alegría y ansiedad quitamos lo que quedaba del yeso y a continuación limpiamos la puerta en cuyo dintel aparecieron los siguientes caracteres de gran formato: ME ABRIRÉ DENTRO DE 120 AÑOS, seguidos del antiguo milésimo [*]. Dimos gracias a Dios e interrumpimos nuestro trabajo pues deseábamos consultar primero nuestra obra sobre los Cielos (Por tercera vez remitimos a nuestra Confessio pues estas revelaciones beneficiarán a los que son dignos de ellas y, si Dios lo quiere, servirán de poco a los que no lo son. En efecto, de la misma manera que nuestra puerta se ha abierto de forma maravillosa al cabo de tantos años, también deberá abrirse otra puerta en

Europa cuando se descombre el revestimiento: muchos son los que la esperan con impaciencia).

NOTAS

La expresión es oscura pues la palabra milésimo, –del latín millesimus– tiene un doble sentido. Por un lado, acompañaba antiguamente a la fecha en todas las monedas, medallas, etc., sin alterar la cronología. En esta acepción, l 20 años son l 20 años normales. Pero, también puede expresar la cantidad mil que se omite al enunciar la cifra. En esta segunda acepción los l 20 años pueden equivaler a l. 120 años o a 120.000años.

CAPITULO IV

Por la mañana abrimos la puerta y apareció una sala abovedada en forma de heptaedro. Cada lado tenía siete pies de largo y su altura era de ocho pies. Aunque los rayos del sol nunca llegasen a ella, estaba iluminada por otro sol –copiado sobre el modelo del primero– que se encontraba en todo lo alto, en el centro del techo. Como sepulcro habían levantado en medio de la sala un altar en forma circular, con una placa de cobre amarillo que tenía este texto:

A, C.R. C. Estando en vida me di por sepulcro esta quintaesencia del universo.

El primer círculo que servía de orla llevaba en su contorno:

Jesús es mi todo.

La parte central contenía cuatro figuras encerradas en un círculo y cubiertas por las inscripciones siguientes:

- 1. El vacío no existe;
El yugo de la ley;
La libertad del Evangelio;
Intacta está la gloria del Señor.*

El estilo de estas inscripciones, así como el de los siete paneles laterales y el de las dos veces siete triángulos que figuraban en ellas, era claro y puro.

Nos arrodillamos todos a la vez para dar gracias a Dios, único en su sabiduría, en su poder y en su eternidad y cuyas enseñanzas, bendito sea su nombre, son superiores a todas las invenciones de la razón humana.

Dividimos la sala abovedada en tres partes: el techo o cielo, el muro o flancos, y el suelo o pavimento. No diremos ahora nada del cielo salvo que su centro luminoso estaba dividido en triángulos orientados hacia los siete lados (más vale que, si Dios lo quiere, los veáis con vuestros propios ojos, vosotros que esperáis la salvación). Cada flanco estaba subdividido en diez campos cuadrangulares, cubierto cada uno por figuras y sentencias particulares que reproduciremos con el mayor cuidado y precisión posibles en nuestra obra "Compendium". En cuanto al suelo, también estaba dividido en triángulos que, por representar el reino y los poderes del déspota inferior, no pueden ser revelados ante el temor de que el mundo impertinente y pagano abuse de ellos

(quien por el contrario está en armonía con la percepción celeste, aplasta sin temor ni daño la cabeza de la vieja serpiente del mal, tarea que corresponde a nuestro siglo). Cada lado ocultaba una puerta que abría un cofre conteniendo objetos diversos: todos los libros que poseemos y, además, el "Vocabulario" de Teoph. P. ab Ho, y diferentes escritos que no cesamos de difundir lealmente, entre otros su "Itinerario" y su "Vida", fuente principal esta última de todo lo que precede. Otro cofre contenía espejos de propiedades múltiples, campanillas, lámparas encendidas, compendios de cantos maravillosos, dispuesto todo de tal manera que, si la orden o la fraternidad entera vinieran a desaparecer, todo se pudiera reconstituir aunque pasaran varios siglos, sobre la única base de esta sala abovedada. Sin embargo, aún no habíamos visto los despojos mortales de nuestro padre, tan meticuloso, prudente y reflexivo. Así que desplazamos el altar y levantamos una gruesa placa de cobre. Entonces vimos un cuerpo perfecto y glorioso, todavía intacto, sin la menor huella de descomposición y coincidente por completo con el retrato que lo representaba engalanado con todos sus adornos y vestiduras. Tenía en la mano un libro en pergamino con letras de oro llamado T., nuestro tesoro máspreciado después de la Biblia y que no conviene someter a la opinión del mundo de manera imprudente. El epílogo del libro contenía el panegírico siguiente:

Simiente enterrada en el corazón de Jesús, C. Ros. C. era el descendiente de la noble y gloriosa familia germánica de los R. C. El único de su siglo que, iluminado por la revelación divina, dotado de la más refinada imaginación, y de un ardor inagotable en el trabajo, tuvo la suerte de acceder al conocimiento de los misterios y arcanos de los cielos y del hombre. Tras haber sido el guardián de un tesoro más que real y más que imperial que reunió durante sus viajes por Arabia y Africa y para el que su siglo no estaba aún maduro (corresponde a la posteridad revelar su sentido); tras haber formado herederos fieles y leales a sus artes y a su nombre; después de acabar un resumen de todas las cosas pasadas, presentes y futuras; con más de cien años y sin que ninguna enfermedad le obligara (protegía al prójimo de ella y nunca su cuerpo fue atacado por las misma), fue llamado por el Espíritu Santo, y entregó su alma iluminada a Dios su creador en medio de los abrazos y de los últimos besos de sus hermanos. Durante 1 20 años estuvo oculto en este lugar, padre muy amado, el más dulce de los hermanos, preceptor fidelísimo, amigo íntegro.

Debajo habían firmado todos los hermanos siguientes:

Pr. A. Fr. ch., jefe electo de la fraternidad.

Pr. G.V., M.P.G.

Pr. R.C. el más joven heredero del Espíritu Santo.

Pr. F. B., M.P.A., pintor y arquitecto.

Pr. G.G., M.P.I., cabalista.

Pertenecientes a la segunda generación:

Pr. P.A., matemático, sucesor del hermano I.O.

Fr. A., sucesor del hermano P.D.

Fr. R., sucesor del P. Christian Rosenkreutz, triunfante en Cristo.

Todo se acababa en las siguientes palabras:

Nacemos de Dios, morimos en Jesús, revivimos por el Espíritu.

CAPITULO V

En este tiempo ya habían desaparecido Pr. O. y Pr. D. ¿Dónde se encuentran sus sepulturas? No nos cabe ninguna duda que el mayor de los hermanos fue objeto de cuidados especiales en el momento de su muerte y que también tiene una sepultura oculta. Esperamos igualmente que el ejemplo que hemos dado incitará a otros a que busquen e investiguen con más celo sobre los nombres que hemos revelado precisamente con dicha finalidad, así como para que encuentren los lugares donde están enterrados.

Casi todos ellos fueron célebres y apreciados entre las antiguas generaciones por su arte médico y pueden contribuir a acrecentar nuestro tesoro o, al menos, a que lo comprendamos mejor. En cuanto al pequeño mundo lo encontramos conservado en otro altar de talla pequeña, cuya belleza no puede ser imaginada por ningún hombre razonable, y que no reproduciremos en tanto no se haya testimoniado confianza a nuestra Fama. A continuación volvimos a poner la placa en su sitio, la cubrimos con el altar y después cerramos la puerta y colocamos en ella todos nuestros sellos, antes de descifrar algunas obras basándonos en las orientaciones de nuestro tratado sobre los ciclos (entre otras, en el libro M. hoh. que sirve como tratado de economía doméstica y cuyo autor es el dulce M. P.).

Después según nuestra costumbre, nos dispersamos de nuevo abandonando nuestros tesoros a sus herederos naturales y esperando la respuesta, el juicio y el veredicto de sabios e ignorantes sobre nuestras revelaciones. Aunque seguramente conozcamos la amplitud de la reforma general divina y humana que no sólo satisfará nuestros deseos sino también la esperanza de otros hombres, no es malo en efecto que el sol, antes de salir, proyecte en el cielo una luz clara u oscura; no es malo que algunos se den a conocer y se reúnan para promover nuestra fraternidad con su número y con el prestigio del canon filosófico que deseaba y que dictó Pr. C., o incluso para disfrutar humildemente y con amor nuestros inalienables tesoros, dulcificando así las miserias de este mundo y utilizando las maravillas divinas sin tanta ceguera. Sin embargo, para que cada cristiano pueda apreciar nuestra piedad y nuestra integridad, confesamos públicamente la certeza en Jesucristo en los términos claros y netos con los que ha sido proclamada en Alemania en estos últimos tiempos, y con los que la mantienen y la defienden todavía hoy algunas provincias célebres, contra los fanáticos, los heréticos y los falsos profetas. Celebramos igualmente los dos sacramentos instituidos por la primera Iglesia reformada, con las mismas fórmulas y las mismas ceremonias. En asuntos de gobierno reconocemos como nuestro regente y como regente de los cristianos a la IV Monarquía. Pese a nuestro conocimiento de los cambios que se preparan y al deseo profundo que nos anima de comunicarlos a los que están instruidos por Dios, éste es nuestro manuscrito, el que poseemos. Ningún hombre nos pondrá fuera de la ley ni nos libraré a los indignos sin la ayuda del Dios único. Sostendremos en secreto la buena causa según lo que Dios nos permita o nos prohíba, pues nuestro Dios no es ciego como la fortuna de los paganos; es el tesoro de la Iglesia, el honor del templo. Nuestra filosofía no es nueva; coincide con la que heredó Adán después de la caída y con la que practicaron Moisés y

Salomón. No debe poner en duda ni refutar teorías diferentes. Porque la verdad es única, sucinta, siempre idéntica a sí misma; porque en consonancia con Jesús en todas sus partes y en todos sus miembros, es la imagen del Padre al igual que Jesús es su retrato; es falso afirmar que lo que es verdad en filosofía no es cierto en teología. Lo que establecieron Platón, Aristóteles o Pitágoras; lo que confirmaron Henoah, Abraham, Moisés y Salomón; allí donde la Biblia coincide con el gran libro de las maravillas, corresponde y describe una esfera o un globo en el que todas las partes están a igual distancia del centro, ciencia de la que trataremos con más detalle y con más amplitud en la Colección cristiana. El gran éxito actual del arte impío y maldito de los hacedores de oro incita a una multitud de bribones escapados de la horca a cometer grandes canalladas abusando de la buena fe y de la ingenuidad de numerosas personas. Algunas de ellas están honestamente convencidas que la transmutación metálica es la cima de la filosofía y su resultado, y que hay que consagrarse enteramente a ello porque la fabricación de grandes masas de lingotes de oro agrada a Dios especialmente (esperan conquistar a un Dios cuya omnisciencia penetra todos los corazones, mediante oraciones irreflexivas y con caras sufrientes y derrotadas). Lo que proclamamos al respecto es lo siguiente: estas concepciones son erróneas. Los verdaderos filósofos opinan que la fabricación de oro no es sino un trabajo preliminar de escasa importancia, uno más entre los miles que tienen que realizar, la mayor parte de ellos de bastante más envergadura. Repetimos el dicho de nuestro padre bienamado C. R. C.: ¡Uf! ¡Oro! ¡Nada mas que oro! Aquel ante cuyos ojos se abre la naturaleza entera no se alegra por poder hacer oro para, según palabras de Cristo, cebar a los diablos. Se alegra por ver cómo el cielo se desvela, cómo suben y bajan los ángeles del Señor y de que su nombre esté inscrito en el Libro de la Vida. Igualmente atestiguamos que, en el terreno químico, se han publicado libros e imágenes que mancillan la gloria de Dios. En su tiempo los daremos a conocer y proporcionaremos un catálogo de ellos a los corazones puros. Suplicamos a los hombres de ciencia que redoblen su prudencia leyendo estas obras: el enemigo no cesa de sembrar su cizaña hasta que encuentre el maestro que le expulse. Así pues, según el parecer del Pr. C. R. C., dirigimos la siguiente súplica a los discípulos y también a todos los hombres de ciencia europeos que lean nuestra Fama traducida en seis lenguas y la Confessio latina: que sometan su arte a un examen extremadamente preciso y riguroso y que estudien cuidadosamente los tiempos modernos antes de comunicarnos en obras impresas el resultado de sus meditaciones individuales o comunes; que mediten con espíritu reflexivo el ruego que les dirigimos. Aunque actualmente no hayamos indicado ni nuestro nombre ni dónde se encuentra nuestro consistorio, es seguro que nos llegaran las opiniones de todos, sea cual fuere la lengua en la que estén redactadas. Y que todos los que indiquen su nombre, conversaran sin falta con cada uno de nosotros de viva voz o, si tienen dudas, por escrito. Por el contrario, también declaramos lo que sigue: quien mantenga respecto a nosotros una actitud cordial y seria, se beneficiará de ello en cuerpo y alma; en cambio quien tenga un corazón falso o rapaz se sumirá en una miseria extremadamente profunda y no nos causara ningún mal. Es preciso que nuestra morada, aunque cien mil

hombres la puedan contemplar de cerca, siga siendo eternamente virgen,
intacta y celosamente oculta a los ojos del mundo impío.

A la sombra de tus alas, Jehová.